

MIGUEL ANGEL ASTURIAS Y UNA TETRALOGIA DEL CARIBE

En mis estudios rotulados «Literatura indigenista de América» y «Literatura hispanoamericana», que documentaron mis conferencias dictadas en la Universidad de Concepción, determiné de modo categórico la preeminencia de la narrativa de Miguel Angel Asturias en el área centroamericana, sin que ello significara desconocer el aporte señero de escritores como Hernán Robleto, el autor de *Sangre en el Trópico*; Luis Fallas, enjuiciador de la realidad patria en *Mamita Yunai*, y Joaquín Gutiérrez, el novelista directo y carnal de *Puerto Limón*. Confirmé tal juicio en mi ensayo titulado *Valores en la narrativa hispanoamericana actual*, difundido en dos conferencias, por las mismas horas en que los desvelos casi místicos del escritor guatemalteco por los sinos de su raza y la vigencia de su prosa herida por conjuros, maleficios y soles fecundos, merecían los laureles, ahora limpios y agrestes, del Premio Nobel.

En su conjunto, quizá nominalmente reducida, la faena de Asturias exhibe cuatro hitos gravitantes sobre los cuales se entrama y proyecta hacia sus páginas más recientes. La gestación y publicación de esos testimonios establecen su progresiva y ascendente integración en el mundo anímico emanado de la raza y del medio físico que la sustenta desde la prehistoria, lo que se complementa con la faceta histórica del hombre asomado a la marea del presente. Esos hitos deciden la trayectoria íntima del autor al par que entregan la imagen multidimensional de su país y por ende de la zona mesoamericana hipnotizada por el Caribe. Ellos son: *Leyendas de Guatemala*, *Hombres de maíz*, *El halajadito* y *El Señor Presidente*.

Más que un fruto cuatripartito y a la vez unitario como logro del ingenio, la faena que anotamos expresa la insistencia enraizada y me-

dular de los alientos primeros del hombre hechos sustancia para su pueblo y para las dos lenguas que se confunden en su sangre: la maya quiché que respira y fluye como vertiente madre de los espíritus de la raza y la castellana que se despliega iluminada por aquel manadero secreto. Nunca como ahora sobre el substrato onírico de estas páginas se podría hablar con mayor dignidad de un ámbito indocastellano. Asturias empieza el ciclo afanándose en alumbrar los misterios de las idolatrias americanas, indagando el sentido de su presencia en los milenios, su curso hacia lo presente, mientras en otras estancias de su espíritu estas sugerencias fantasmagóricas deslumbradas de crueldad y fatalismos, le conducen a la recreación poética en son de relajamiento y desahogo para las opresivas frecuencias de su animismo original y vernáculo. Ejercicio de inmersión valedera en el ser y en el hervoroso medio que lo identifica lo constituyen algunos de sus recuentos líricos: *Rayito de estrella* y *Alelujón*. Como otros escritores del Nuevo Mundo le debe en parte a Francia, donde se inició en la investigación científica de la prehistoria americana y su mitología, el haber plasmado con los dones de su prosodia agreste un estilo literario capaz de escanciar con densidad y acento justos el mundo de su país tropical, cuyo infierno de fermentaciones ha devorado a tantos escritores y artistas. Las disciplinas de la investigación, así como la decantación y el ritmo en la faena poética se perciben sin esfuerzo en las páginas de *Leyendas de Guatemala*, publicado en Madrid en 1930, y más tarde traducido al francés; su lectura nos hace olvidar el retoricismo coruscante y conturbador de que hacen gala con frecuencia la narrativa y la lírica centroamericanas. Y si Asturias se ha redimido de tales excesos en sus obras ejemplares por la corporeidad integrada en ellas, ha logrado, asimismo, lo que su intuición afinada podía permitir: cierto equilibrio inestable, en evasión y dominio concertantes, dentro del complejo de razas y medio físico en que jungla, llanura, aguas y volcanes de espanto, surgen y rebullen en la página creada. No habríamos anotado estas *Leyendas de Guatemala* si llegásemos en busca de mitos recogidos por un escritor de episodios capaz de prender en nosotros el terror, el asombro o el beleño sexual que exudan aquellas tierras hirvientes. Por sobre todo eso, en el libro mencionado fluye la presencia original ineludible, se enciende la migración mágica del tumulto humano a través de las edades y sobre la tierra profunda donde el tiempo, con el hombre a cuestas, camina hacia una nueva era, siempre cambiante y siempre renacida de su tronco inmortal. Lo narrativo se cumple en función de nexo de oposiciones, de impulso de latitudes, que se abren para germinar, crecer y destruirse en su propia violencia vital, en su

fecundidad evocadora del Génesis. El verbo en pretérito e imperfecto de indicativo, se alza como una varilla mágica que descorre la niebla de los siglos y los milenios. Florestas que alimentan a los pueblos con sus frutos y sus terrores, ciudades que el tiempo y la guerra sepultan para ver surgir sobre ellas nuevas ciudades victoriosas que, no obstante, guardan en sus muros y bastiones el mismo destino insoslayable, la vida y la muerte. Al conjuro del nuevo idioma los espacios del mundo americano se hilvanan en horizontes sucesivos y anuncian la existencia de otras formas y otros espíritus que oscilan entre la tierra y el cielo, al calor de su misterio siempre insondable para el hombre. Hablar de leyenda, en su acepción más pura, es aprehender lo maravilloso generado con la fantasía, algunos gajos de realidad o ciertos secretos anhelos de conciencia. Se recrea en tales casos nuestra sed de lo que en nuestros días linda con lo irrealizable, lo insólito, y nos llena de pasmo y cabal turbación. Captamos el mito como licor enervante y embriagador. Mas estas leyendas decantadas por Asturias en los confines de su tierra con el embelesado calor de sus asombros y pavores de niño, su conocimiento, su fervor nativo y la inmersión del buceador de almas en que el escritor no cede jerarquía, se despliegan con tan soberbio hechizo y tal ritmo, que más bien nos parece estar ante vastos murales donde alterna ensoñada y bullente toda la vida de una raza fundida de cien raíces originales regadas con la misma sangre.

Sí Tolstoi dijo una vez que si pintas tu aldea descubrirás el universo, porque su genio y su ingenio habían cumplido tal designio; si Azorín iluminó las vertientes de una España ascética y ardiente en las páginas de *Castilla*, *Los pueblos* y *La ruta de Don Quijote*, a la busca de su imagen para una conciencia del ser en el tiempo, Asturias se acuna en las lianas de un mundo prehistórico; su leche materna contiene hervor de pueblos que se suceden, chocan y confunden en una posesión piafante y convulsa. Por esta razón de hechos consumados y permanentes, el ánimo del escritor no busca ni especula, sino que respira desde los abismos sanguíneos y entrega su mundo; su idioma está siempre sumergido y su trazo, masa y color, constituyen materia y ánimo de América intemporal en su inmortal potencia. Así abre Asturias la cortina de misterio que nebuliza las calles y los muros corroídos de la ciudad natal; con ello anuncia y descubre los incontables caminos del tiempo que cruzan los villorrios y se hunden en el denso misterio de la tierra virgen conformada de volcanes y serranías, selvas y aguas indómitas:

«La carreta llega al pueblo rodando un paso hoy y otro mañana.

En el apeadero, donde se encuentran la calle y el camino, está la primera tienda. Sus dueños son viejos, tienen güegüecho, han visto espantos, andarines y aparecidos, cuentan milagros y cierran la puerta cuando pasan los húngaros: esos que roban niños, comen caballo, hablan con el diablo y huyen de Dios.» Más adelante: «Como se cuenta en las historias que ahora nadie cree —ni las abuelas ni los niños—, esta ciudad fue construida sobre ciudades enterradas en el centro de América. Para unir las piedras de sus muros la mezcla se amasó con leche. Existe la creencia de que los árboles respiran el aliento de las personas que habitan las ciudades enterradas y por eso, costumbre legendaria y familiar, a su sombra se aconsejan los que tienen que resolver casos de conciencia, los enamorados alivian su pena, se orientan los romeros perdidos del camino y reciben inspiración los poetas.» No tarda en moverse el tapiz de los sueños que de día en día, de hora en hora, los labios de viejos y jóvenes, con distinto fervor y conciencia, van urdiendo como alimento primero del alma desvelada y en sombra. La imagen simple de la ciudad no demora en quedar sepultada bajo la selva de historias y mitos: la Tatuana, el Cuco de los sueños, el Sombrerón. Al despertar o emerger del hechizo, asoma el cuadro alborozado del arribo: «¡Mi pueblo! ¡Mi pueblo!, repito, para creer que estoy llegando. Su llanura feliz. La cabellera espesa de sus selvas. Sus montañas inacabables... Sus lagos. La boca y la espalda de sus cuarenta volcanes. El patrón Santiago. Mi casa y las casas. La plaza y la iglesia. El puente. Los ranchos escondidos en las encrucijadas de las calles arenosas. Las calles enredadas entre los cercos de yerba mala y chichicaste. El río que arrastra continuamente la pena de los sauces... Las flores de izote... ¡Mi pueblo! ¡Mi pueblo!»

He aquí la leyenda del Volcán en que los primeros elementos del Génesis se disputan el dominio del tiempo y de los espacios, entre embestidas y deslumbramientos: «La selva continuaba hacia el Volcán henchida, tupida, crecida, crepitante, con estéril fecundidad de víbora: océano de hojas revetando en rocas o anegado en pastos, donde las huellas de los plantígrafos dibujaban mariposas y leucocitos el sol...» «Dos montañas movían los párpados a un paso del río: la que llamaban Cabrakán, montaña capacitada para tronchar una selva entre sus brazos y levantar una ciudad sobre sus hombros, escupió saliva de fuego hasta encender la tierra.

Y la encendió.

La que llamaban Hurakán, montaña de nubes, subió al volcán a pelar el cráter con las uñas.

El cielo, repentinamente nublado, detenido el día sin sol...»

En las tinieblas huían los monos, quedando de su fuga el eco perdido entre las ramas...

Huían los coyotes, desnudando los dientes en la sombra...

Huían los camaleones, cambiando de colores por el miedo...

Huían los cantiles, seguidos de las víboras de cascabel... «El silbo penetrante uníase al ruido de los cascabeles y al chasquido de las cuereadoras que aquí y allá enterraban la cabeza, descargando latigazos para abrirse campo.»

Con ritmo semejante se va hilando el rosario de consejas que a fuer de ronronear entre labios a la hora crepuscular de las almas deja carne adentro de su beleño y su fatalidad. Tal la leyenda del Cadejo:

«Y asoma por las vegas el Cadejo, que roba mozas de trenzas largas y hace ñudos en la crines de los caballos.»

Y el mito de la Tatuana, del Sombrerón, del Tesoro del lugar florido, en que el Volcán, con su cono despejado de nubes anunciaba invasión y guerra con el conquistador blanco. El de los Brujos. El de Cuculca, la serpiente envuelta en plumas. Todo el profundo e infinito universo, entramado e invencible como una selva sin edad por donde camina errático y pena el destino de los hombres jóvenes o ancianos, mujeres y niños avizores prendidos en el mero instinto de la bestia, sumergidos en el terror del misterio que no siempre anuncia la muerte, pero sí un poder implacable.

El estilo que urde estas leyendas se recrea en las formas originales de la conseja tribal, del cuento susurrado a las almas anhelantes, donde las metáforas fluyen generosas como el agua que hierve en la boca de la fuente termal. De ahí esa hondura y densidad plenas del ámbito ofrecido a nuestros ojos por la prosa de Asturias, de trazo dominador y bruscos acentos, pródiga en luces y sombras de presagio, volcada sobre una pesadilla de revelaciones y milagros que desafían a la muerte y al caos. El efecto mágico y virginal de cada estancia se logra cabalmente cuando se rompe la casticidad del período y se abandona la construcción sabia o lúcida de la imagen, para rendir la palabra al poder secreto de la historia balbucida en la sombra o al resplandor dormido del fogón, allí en la aldea perdida o junto a la selva vigilante.

Esta sangre vegetal exprimida en los estratos de la tierra maya—donde el mito y el hechizo renacen con afiebrado candor y bizarría—fustiga con fatalizada fiereza e irrumpe por sus cauces infinitos desde toda distancia en la novela *Hombres de maíz*. Nos enfrentamos, quizá intimidados, a la tragedia del agro porque ante nuestros ojos no sólo se eslabona el destino episódico de una raza que se martiriza a sí misma al ser consumada su esclavitud física tras la conquista española y más

tarde bajo el caudillo mestizo, sino por asistir a la revelación de un mundo auténtico y potencial, en el cual la intrusión foránea es mero factor de incitación, como gota de luz en la tiniebla viva. El deslumbrado fluir de la leyenda sobre el volcán que se emboza y desemboza de nubes, el mito del Sombrerón, de las trenzas hechizadas por el diablo, se adensa y ensombrece en *Hombres de maíz*, camina sobre selvas, ríos y cordilleras, convirtiendo la tierra tropical en una vasta y desbordante combustión de terrores, deseos, maldiciones, encantamientos, donde los hombres se abrumaban dominados y sentenciados por los espíritus de la tierra selvática.

El contenido de *Hombres de maíz* se despliega al conjuro de una conciencia anímica primaria e ineludible: morirá aquel o aquellos que vengan para vulnerar lo dispuesto por los dioses; ellos hicieron a los hombres de maíz y por tal razón la planta será sembrada para alimento del hombre, jamás para negocio, para producir la riqueza que corrompe las almas. El maíz alcanza en el libro el símbolo hecho hombre: es el cacique Gaspar Ilóm, que en su choza entramada de silencio, escucha los mensajes de la tierra pisoteada por los intrusos de la aldea, los criollos astutos, rebrotes del español; escucha la queja o el bramar de los ríos y de las fieras junto con el mandato de su sangre. Los viles están quemando el monte como otras veces, matando las maderas preciosas para sembrar allí y cosechar riqueza a costa del maíz, la semilla sagrada para la vida del hombre, negada para la avaricia de la sucia moneda.

«... Tierra maicera bañada por ríos de agua hedionda de tanto estar despierta de agua verde en el desvelo de las selvas sacrificadas por el maíz hecho hombre sembrador de maíz. De entrada se llevaron los maiceros por delante con sus quemas y sus hachas en selvas abuelas de la sombra, doscientas mil jóvenes ceibas de mil años. La tierra de Ilóm olía a tronco de árbol recién cortado con hacha, a ceniza de árbol recién quemado por la roza.»

Así este hombre, Ilóm, hijo integral de la tierra, obedece una vez más y entra en el monte con su escopeta cargada. Caen uno a uno los violadores de la selva, los sembradores de avaricia, los incendiarios.

El Gaspar anda por todos los que anduvieron, todos los que andan y todos los que andarán. El Gaspar habla por todos los que hablaron, todos los que hablan y todos los que hablarán. Esto decían los ancianos del pueblo a los maiceros. La tempestad aporreaba sus tambores en la mansión de las palomas azules y bajo las sábanas de las nubes en las sabanas... Pero un día, después de un día, el habla ñudosa de los ancianos anunció que de nuevo se acercaba la montada.»

Lo transcrito perfila y sugiere el pulso y los ámbitos de esta epopeya de la sangre, plasmada en alegoría piafante desde sus raíces. Percibimos en las estancias del libro un galopar y un reptar orgánicos y persistentes, el ritmo y el aliento de un todo cósmico que sólo podría extinguirse en un cataclismo total. De ahí su cabal hondura, su planetaria magnitud... Conforman un mundo en hirviente fecundidad sobre la devastación y la muerte provocadas por el hombre venido de otros mundos, faltos de clarividencia y bondad. La muerte del cacique a manos de la traición presta al símbolo nativo su aureola y con ella se entrama en los mil afluentes del mito propicio o maléfico, del hechizo feliz o nefasto creador de nuevos símbolos y episodios en que la mujer juega su destino deslumbrado, huidizo y obsedido y el hombre aparece entenebrecido tras ella, enervado en la búsqueda imposible.

La textura de la frase y la integración de los períodos ponen en evidencia un estilo de rango inédito y definición terrígena decantada que no admite objeción. Acusa una veta creadora digna de cabal examen, en medio de la confusa y profusa narrativa hispanoamericana actual. En los fragmentos transcritos comprobamos la íntima relación de lo castizo y lo nativo así en los vocablos como en el impulso del alma iluminada por la idea o la adivinación. Este lenguaje descubre a una raza que razona, sueña y se embelesa con sus imágenes y sus deseos, que vive y ambula abrazada a sus vivencias y sus cosas presentes y profundas, a los espíritus tutelares. Pocas veces habíamos encontrado en un estilo literario mayor caudal infraterrestre, infrahumano, mayor inmersión en lo divino e insondable del ser. Por ello, muchas páginas que dicen de las cosas visibles y concretas, se deslizan sigilosamente en el ritmo y el hálito de una fantasía a veces inaprehensible, de nieblas ardientes y estremecidas. Habitados al predominio de un casticismo turbulento, cultivado y exornado por las conquistas del expresionismo y del ego civilizado y caótico, nos resistimos ante esta prosa plasmada en luz densa, subyacente, surgida en los orígenes de la vida. ¿No afirmó alguien que en esta angostura centroamericana alumbró la primera existencia y la primera razón del mundo? Las vivencias cimeras de la cultura maya, reveladora de la razón matemática, y el genio de su animismo, darían pábulo a tal aserto.

Existe el símbolo, un signo secreto convive y pugna en el vocablo aislado: se entenebrece o se ilumina la frase trunca, el giro que pierde su forma entre los labios del viejo patriarca o del mancebo brioso, de la hembra dulce embelesada en su deseo que es sueño y desvarío. Este libro pleno, donde se enciende el maleficio contra los que envenenaron al héroe del país selvático —Ilóm— y se baña en luces mágicas

el destino inconquistable de la mujer, imagen presente y siempre evadida hacia el mundo de los sueños, deberá ser leído como se hace con las viejas Escrituras, en que pueblos todavía vivientes confundieron en cópulas milenarias sus impacencias y delirios, sus agonías y alucinaciones. Se habla por ahí de una lengua vegetal, de un idioma de germinaciones arbóreas: pero se olvida el núcleo primario, el impulso infraexistencial, que sentimos arder en nuestra sangre. Aceptemos, pues, un testimonio preludial de la vida aunque nos cueste alcanzar su entendimiento. Un lenguaje, quizá, en que la escamadura castiza desaparece a medida que penetramos en los hondos cauces genésicos. Asturias en *Hombres de maíz*, sumado a sus *Leyendas de Guatemala*, magnifica una cabal antinomia con cierta literatura sofisticada, neurótica y distorsionada, transcrita de latitudes foráneas, que quisiera erigirse en denominador de nuestro tiempo americano. Asturias, como al artesano ferviente y humilde que no fue tocado por la ambición y el disloque vanidoso, ha creado una literatura estratográfica y unitaria de carnación bronceada, fraguada en las entrañas de su pueblo y alimentada con la fermentación de aquella tierra donde los dioses arrojaron el maíz para amasar con su pulpa y sus jugos al primer hombre. Ninguna de estas páginas que sedimentan y trasladan milenios con sus soles y sus cataclismos podrá ser soslayada si se quiere medir la grandeza y la hondura de espíritu de un continente. Tras la muerte del cacique por el veneno traidor de los criollos, brota contra éstos la maldición de los brujos, que guardan los poderes de la raza infranqueable. Leemos:

«Una por una reventaban en los oídos del padre de Machojón que había hecho envenenar al cacique, las maldiciones de los brujos, el día que se fue su hijo, y le sacudió frío: "Luz de los hijos, luz de las tribus, luz de la prole, ante vuestra faz sea dicho que los conductores del veneno de raíz blanca tengan el pixcoy a la izquierda en sus caminos; que su semilla de girasol sea tierra de muerto en las entrañas de sus mujeres y sus hijas y que sus descendientes y los espineros se abracen. Ante vuestra faz sea dicho, ante vuestra faz apagamos en los conductores del veneno blanco y en sus hijos y en sus nietos y en todos sus descendientes, por generaciones de generaciones, la luz de las tribus, la luz de la prole, la luz de los hijos, nosotros, los cabezas amarillas, nosotros, cimbras del pedernal, moradores de tiendas móviles de piel de venada virgen, aporreadores de tempestades y tambores que le sacamos al maíz el ojo del colibrí fuego, ante vuestra faz sea dicho, porque dieron muerte al que había logrado echar el lazo de su palabra al incendio que andaba suelto en las montañas de Ilóm, llevarlo a su casa y amarrarle

en su casa, para que no acabara con los árboles trabajando a favor de los maiceros negociantes y medieros.”» Tras los potros sigilosos de la maldición, la muerte escondida entre los caminos y el monte siembra apariciones, encantamientos y terrores que abrasan y fulminan uno tras otro a los predestinados: el jefe de la montada, el hijo del traidor, y tantos otros. La raza maya, el nativo puro, el criollo hostil y soberbio, se mueven entre la vida y la muerte, miedosos y crueles, confundidos entre tinieblas y alucinaciones, urdidos con su mundo vegetal y volcánico, conviviendo con el mundo secreto de los espíritus al cual ellos obedecen no sólo en la noche profunda cuando son más vivas sus voces y su presencia, sino en el día cuando el sol deslumbra y las sombras se adelgazan junto a las piedras caldeadas.

El despliegue de aquel espacio hechizado, de claridad flotante y desvanecida, en atisbo de revelación, retina que parpadea desde el abismo y que pareciera alcanzar sus confines, evoca la inaprehensible vivencia de los sueños de un niño conturbado por los fantasmas del pasado familiar prendidos en los muros ruinosos de su casa, urdidos con jirones del presente. Tal es el juego mágico de *El Alhajadito*. La angustia y la dicha de una existencia que se traduce en las palabras dormidas de las gentes condenadas por un pasado de lutos y esplendores, de caballeros deslumbrantes alojados en la mansión señorial, los alhajados, que desaparecieron de casa uno tras otro, ignorando las gentes su aventura y su fin. Convivimos una leyenda entrañada en que el niño llega a ser para los lugareños el último, el Alhajadito, quien desaparece a su vez como sus antepasados soberbios.

«Volvían los Alhajados. Los señores de la casa regresaban. Así lo decían a todos, los trenzudos barbilampiños al ver pasar al Alhajadito, jinete en un caballo negro, ir de cacería con su escopeta al hombro, arrodillarse y persignarse ante el Mal Ladrón, moverse en la casa, hablar con ellos, reír de todo, vivir en una palabra como vivieron sus antepasados.»

Este episodio de *El Alhajadito* es la primera cuentecita de jade o de aguamarina de un rosario de sueños en que los espectros de la angustia pugnan con las ansias de la conciencia y de la dicha. He ahí la evadida leyenda del párroco sordo:

«El Párroco era ciego, pero nosotros asomábamos a sus ojos, tranquilos y sonrientes, y él nos veía.»

Cruza en medio del sueño un barco fantasma que provoca en nuestro espíritu las imágenes del *Caleuche*, el velero iluminado de nuestro océano austral y de barcos hechizados de otras latitudes.

«Una noche y un día, después de nuestra partida, vimos pasar un

barco. No alcanzamos a saber si era agua o aire la superficie por donde navegaba en la neblina indeciblemente iluminada por la luna. Sus mástiles sin banderas llevaban las velas hinchadas de llorar. A lo largo de sus puentes iban y venían luces, como atendiendo a la llegada de nuevos pasajeros o al descargo de algún comercio prohibido.»

Más adelante, como un acorde de lenta pesadilla, fluye la leyenda de las dos mujeres, entre las que el niño nunca supo distinguir a su madre y a su hermana.

«Viví con ellas en habitaciones sin ventanas. A esos días les falta el recuerdo de sus pasos: andaban como sombras sin hacer ruido y hablaban en voz baja...» «En el recuerdo de aquellos días las distingo porque cuando me acariciaban, la que más me quería me hacía daño con sus besos largos. Esta digo yo que era mi mamá y la otra mi hermana, aunque me confundo, porque también decían que la que yo creía mi hermana, era mi mamá.»

Desde esta penumbra, el alma transmigrada desemboca en claridades lunares donde vive el jardinero que conduce al niño por senderos de hechizo y le hace conocer a su hijito ciego después de hablarle de «Clarín Clarinero», «la Palomita Verde», «Corazón de Aguacate» y «Zopilotes Blancos», episodios que sólo caben en los espacios del sueño y la evasión venturosa. El amiguito ciego entra sin demora en el concierto de la noche lunar y de la arboleda donde el estanque abre su quieta pupila insomne.

«Almendros, girasoles que giraban solos o seguían a la luna en su desnudez solitaria, grillos de tiempo dormido, luciérnagas de luz verdosa. Corro, mi amigo se detiene, me busca con sus manos igual que si nadara en seco sin atreverse a dar un paso. Tengo miedo —dijo un poco para él y un poco para mí—, miedo de que el agua me coma... El agua se come a los niños... ¿No es verdad que el agua se come a los niños?»

El sueño se hilvana y deshilvana, como acontece con los sueños, fragmentación del tiempo y de la verdad, y se epiloga en el fatal hechizo del estanque. El Párroco ciego y su barco ilusorio, los antepasados que desaparecen, descubren un vínculo de espantos y silencios en el paso sigiloso del niño ciego hacia el estanque, donde luego «flotaba como dormido, enfundado en su camión blanco».

Al explorar los tortuosos, fríos o sofocantes repechos y senderos de ese mundo urdido por hombres-serpientes, hombres-jaguares, hombres-pirañas, que se titula *El Señor Presidente*, asistimos a una definición cimera y crucial del fenómeno americano, contenida y decantada en la obra literaria ejemplar. Seguimos el curso de torrentes poderosos

o disminuidos, rugientes o apacibles, cargados con los limos de la leyenda, con hechizos y pavores, milagros y sentencias del misterio retenido en los abismos del tiempo, y nos encontramos de súbito, dejando aquella selva, con un vasto lago, sombrío y borbotante, bajo un cielo muerto: algo peor que un tremedal vaheante. El libro retiene y enfoca en sus confluyentes escenarios y episodios a los herederos de la raza que han rebrotado en nuestro siglo como signos de cierto híbrido nefasto, negativo y fatalizado, secuela biológica de factores imponderables, los mismos que en otras latitudes de América crearon una realidad humana diferente. Los hombres y mujeres que cultivan sus abulias y vilezas en las coyunturas vitales del libro nacieron de la simiente legendaria humillada por el conquistador blanco; con ellos se urde una alegoría en que la deidad tutora y tutelar, inaccesible y alucinadora para la multitud, aparece en nuestros días trasplantada y revivida en el mestizo por virtud de la guerra o la revolución. El dictador maneja en el pequeño país todas aquellas prerrogativas y dignidades sublimadas, recluido en el centro de una malla o telaraña de jerarquías militares, palaciegas y eclesiásticas, sostenidas por la metralla, el látigo de tortura, el veneno y la prisión. El mito, como en el ayer milenario, se alimenta con las víctimas propicias y con la fantasía cultivada en las nieblas del vasallaje, de la humildad y el fanatismo.

Puede concluirse sin riesgo, que *El Señor Presidente*, pese a los tenebrosos repliegues que legitiman sus episodios decisivos, conforma una autopsia cabal y certera del mestizo caribeño, proceso lógicamente extensible a una mayoría de países indoamericanos. Tal mestizaje, hartado exigido por las actuales normas de convivencia internacional, por los nexos económicos de penetración industrial y el complejo financiero, ha debido mostrar su manejo improvisado, bisoño, en los escenarios de este siglo que presume de civilizado y culto. El libro descubre la íntima naturaleza del criollo llegado a la cima del poder social y político, la anatomía y la funcionalidad doméstica regida por el imperativo bárbaro nacido en el instinto tribal, en la ley de la bestia, felina e implacable. El carro del poder arrolla y tritura y sólo se detiene para orientar su destino destructor.

No es difícil advertir que el grupo humano volcado en la novela proviene del diario vivir guatemalteco, como sucede en *Hombres de maíz*. Pero si en ésta nos inunda la luz hirviente de la tierra con su cielo, sus cordilleras, volcanes y ríos poblados de espíritus y de espectros que nos penetran y nos elevan sobre la miseria material y el anonadamiento, en *El Señor Presidente* caminamos por una zona de sombras, mundo caliginoso, tumefacto, generado en las secreciones malignas del

hombre, que asomado a su medio, a su país, no quiere morir y se amuralla en la magia del terror. Los soles despiadados y piafantes del trópico se trasmutan en oscuras y amenazantes nieblas, en un incesante fragor de tiniebla por donde se arrastran, huyen y se martirizan seres de apariencia humana perseguidos por sombras simiescas que se confunden con las bestias de presa. Las violencias del claroscuro destacan a cada tipo, distorsionan sus pasos, los sepultan como en un vasto fresco donde se abren con frecuencia impasible las negras fosas de la muerte. En este claroscuro alucinante la realidad yuxtapone sus contrastes de vida y de muerte, de opulencia y miseria, de poder humillante y vileza palaciega, de brutalidad y ternura, de soberbia vengadora y lealtad. El miedo a la muerte, el terror animal impulsa la alternativa, y la muerte pone su definición allí donde la vida no la intentaba.

Pocos libros pueden señalarse en los cuales la verdad humana y social de un país alcance una expresión más auténtica y fundamental. Para lograrlo, el novelista ha manejado un lenguaje exploratorio, sumergido o tamizado en la ardiente ronda de las imágenes, lo que permite el ritmo y la médula de un estilo hondo y sensible, a tono con las alternativas de aquella realidad donde lo carnal y lo anímico se integran con sorda violencia. Este lenguaje, a veces escueto y desnudo, a veces afinado en el escorzo y en el rasgo impresionista, flotando entre brumas irrespirables, conduce las sucesivas escenas sobre landas de aproximación ilusoria propias de los sueños que paralizan y violan la conciencia y el buen juicio. Se avanza entre nieblas movedizas y las gentes aparecen destilando su miedo, sus vicios, su desesperación fatalizada, huyendo a ciegas para encontrarse con la muerte que desde la sombra palaciega fuera ordenada con gesto de aburrido fastidio. A través de esa malla de voluntades serviles, la violencia, la sangre y la muerte desbordan sin resonancias, pues la atmósfera de pocilga, de uniformes palaciegos o carcelarios, de espías, y la distancia, el sigilo, el espesor de los muros tras los cuales agoniza la marea de hombres y mujeres, las convierten apenas en un rumor lejano e incierto de resaca. *El Señor Presidente* alumbra un despeñadero de vidas sacrificadas para distracción del tirano ocioso. Paso a paso se adentra en nuestro espíritu como una pesadilla en que la luz no insinúa esperanza, sino que es como escoria de la tiniebla.

El Señor Presidente se inicia bajo la antinomia entre la fanfarria del título y la realidad selvática de un pueblo encarcelado. Aparece una escena de mendigos en el portal cercano a los palacios donde se hospeda y se parapeta el poder político. El contraste culmina en las primeras páginas con la muerte de un genetal, esbirro favorito del

tirano: un mendigo enloquecido por las burlas del esbirro le arranca los ojos. Este hecho conduce y alimenta la trama de la novela, en que se mueven y desaparecen las víctimas propicias escogidas entre los militares y civiles que perdieron la confianza del amo. A través de nieblas y densas sombras, apenas alteradas por las llamas del amor filial y los fuegos del amor varonil, el drama del pueblo esclavizado se reivindica en las figuras del general Eusebio Canales, sindicado como instigador de la muerte del polizonte, y en la del favorito Cara de Angel. Aquél, ceñido en perfiles de soldado, honesto y provisto de conciencia revolucionaria: éste, holgando en la maraña palaciega, seguro de sus medios hasta el instante en que el tirano lo requiera para confiarle una misión inventada por el recelo y la perfidia del poder. Esos hombres a quienes la siniestra voluntad del dictador empuja sobre caminos paralelos, habrán de acabar en distintas formas de tortura y de muerte iniciando su calvario en la vieja ciudad, con su epílogo en las encrucijadas de la tierra selvática donde pena el indio y tiende el tirano astuto sus hilos mortales.

«El general Eusebio Canales, alias "Chamarita", abandonó la casa de Cara de Angel con porte marcial, como a ponerse al frente de un ejército, pero al cerrar la puerta y quedar sólo en la calle, su paso de parada militar se licuó en carrerita de indio que va al mercado a vender una gallina. El afanoso trotar de los espías le iba pisando los calcañales.»

«El dedo de Cara de Angel le señalaba el camino del destierro como única salvación posible... Hay que salvar el pellejo, general. ¡Todavía es tiempo! Y todo lo que él era, y todo lo que él valía, y todo lo que él amaba con ternura de niño, patria, familia, recuerdos, tradiciones y Camila, su hija, todo giraba alrededor de aquel índice fatal, como si al fragmentarse sus ideas el universo entero se hubiera fragmentado.»

«¡Los generales son los príncipes de la milicia!, dije en un discurso..., qué imbécil, ¡cuánto me ha costado la frasecita! El presidente no me perdonará nunca eso de los príncipes de la milicia y como ya me tenía en la nuca, ahora sale de mí achacándome la muerte de un coronel...»

La descripción es cabal y enlaza en la entraña del hombre, convertido en cifra del destino. La malla idiomática es flexible y luce las tintas de la naturaleza nativa y criolla sin ambages. El trazo y el color respiran vigencia en la pluma incisiva y airosa del novelista. Cada página es sumario testimonio de vida y convivencia y ejemplo idiomático perdurable en que los valores de la expresión indígena se

articulan e interfunden con el venero castizo para entregar el estilo de un país y de una raza logrado por un creador literario inmerso en su mandato. He aquí una imagen de la ciudad:

«Amanecía...

Las cuadrillas de indios que barrían durante la noche las calles céntricas regresaban a sus ranchos uno tras otro, como fantasmas vestidos de jerga, riéndose y hablando en una lengua que sonaba a chicharra en el silencio matinal. Las escobas a manera de paraguas cogidas con el sobaco. Los dientes de turrón en las caras de cobre. Descalzos. Rotos. A veces se detenía uno de ellos en la orilla del andén y se sonaba al aire, inclinándose al tiempo de apretarse la nariz con el pulgar y el índice. Delante de las puertas de los templos todos se quitaban el sombrero.

Amanecía...»

Y este cuadro, grabado al ácido:

«El Auditor de Guerra acabó su chocolate de arroz con una doble empinada de pocillo, para beberse hasta el asiento; luego se limpió el bigote color de ala de mosca con la manga de la camisa y, acercándose a la luz de la lámpara, metió los ojos en el trasto para ver si se lo había bebido todo. Entre sus papeles y sus códigos mugrientos, silencioso y feo, miope y glotón, no se podía decir, cuando se quitaba el cuello, si era hombre o mujer aquel licenciado en Derecho, aquel árbol de hogar de papel sellado, cuyas raíces nutríanse en todas las clases sociales, hasta en las más humildes y miserables. Nunca, sin duda, vieran las generaciones, un árbol de papel sellado. Al sacar los ojos del pocillo, que examinó con el dedo para ver si no había nada, vio asomar por la única puerta de su escritorio a la sirvienta, espectro que arrastraba los pies, como si los zapatos le quedaran grandes, poco a poco, uno tras otro, uno tras otro.»

Esta escena, rotunda y exhaustiva, deja escapar lucecillas que en el vuelo de las páginas conforman un estado de juicio integrado por los escenarios y el proceso de vidas en tumulto conducidas hacia su fin ineludible. Juicio y conciencia, realidad espectral objetiva y satánica de un pueblo hecho leyenda y de una existencia milenaria que en el presente destila espesa y ácida miseria. Los tórridos hervores caribeños se trasmutan, en el estilo de Asturias, para volcar una perspectiva geográfica y humana fundamental de cuerpos y espacios vivientes conectados hacia el símbolo y la vigencia de una verdad más profunda y apremiante. Ni por la raza hecha motivo inspirador ni por la individualidad creadora deberíamos enredarnos en esteticismos o en sutilezas e incitaciones sociales, desde que en *El Señor Presidente* asisti-

mos al holgorio de la primitividad del genio copulado en carne y fuego animistas con el cosmos circundante. Por ello los instintos de rebeldía liberadora estallan por momentos con luz de relámpago en la mente de algunas víctimas. Por ejemplo:

«En el corazón del viejo Canales se desencadenaban los sentimientos que acompañan las tempestades del alma del hombre de bien en presencia de la injusticia. Le dolía su país como si se le hubiera podrido la sangre. Le dolía afuera y en la médula, en la raíz del pelo, bajo las uñas, entre los dientes. ¿Cuál era la realidad? No haber pensado nunca con su cabeza, haber pensado siempre con el quepis. Ser militar para mantener en el mando a una casta de ladrones, explotadores y vendepatrias es más triste, por infame, que morir de hambre en el ostracismo. A santo de qué nos exigen a los militares lealtad a regímenes desleales con el ideal, con la tierra y con la raza...

El indio contemplaba al general como a un dios, sin comprender las pocas palabras que decía.»

La razón humana aparece a ratos con eco estremecido en la voz de los condenados, cada vez que ellos se acercan a la muerte empujados por la voluntad del sicario. Pero son las razones inhumanas las que extienden día y noche la telaraña del poder helado por el miedo, red pútrida que los ahoga a todos, desde el indio andrajoso al tirano que ordena matar por principio y por hábito. El verismo más ceñido, aguzado por la luz de los contrastes, cala en los personajes determinantes de aquel poder siniestro asentado en la ambición voraz que no da respiro a la jauría fiel. A ratos se triza en la truculencia. El señor *Presidente es el rey de la selva; se harta, dormita, avizora la nueva presa*, y su oído prolongado hacia los confines del país en sus mercenarios machos y hembras, le permite reposar sobre la muerte en vela, como el gran solitario, sin amor ni ternura. Es el depositario de una tenebrosa idolatría. A ratos, en la descripción las imágenes disparan o recogen reflejos alucinantes.

Enfrentemos a la efigie del tirano:

«Una tras otra vació muchas copas. En la cara de jade le brillaban los ojos entumecidos y en las manos pequeñas las uñas ribeteadas de medias lunas negras.

—¡Ingratos!

El favorito lo sostuvo del brazo. Por la sala en desorden paseó la mirada llena de cadáveres y repitió:

—¡Ingratos! —añadiendo después a media voz—, quise y querré siempre a Parrales Sonriente, y lo iba a hacer general, porque potreó a mis paisanos, porque los puso en cintura, se repaseó en ellos y de no

ser mi madre acaba con ellos para vengarme de lo mucho que tengo que sentirles y que sólo yo sé... ingratos... Y no me pasa porque no me pasa que lo hayan asesinado cuando por todos lados se atenta contra mi vida, me dejan los amigos, se multiplican los enemigos y... no, no...

Las palabras tonteaban en sus labios como vehículos en piso resbaloso. Se recostó en el hombro del favorito con la mano apretada en el estómago, las sienes tumultuosas, los ojos sucios, el aliento frío, y no tardó en soltar un chorro de caldo anaranjado. El subsecretario vino corriendo con una palangana que en el fondo tenía esmaltado el escudo de la República, y entre ambos, concluida la ducha que el favorito recibió casi por entero, le llevaron arrastrando a una cama.»

Verdad en el espectro de la muestra humana sin veladuras, acierto en los símbolos extraídos de aquel universo infernal, justeza en la evocación de los poderes tenebrosos que lo constriñen todo, para plasmar la imagen de un país manejado por el ancestro, su destino caminando por los cauces recónditos, disfrazado por la pirotecnia del progreso técnico, de los postulados cívicos, del culto a las efemérides y al Estado. La densidad de la perspectiva es tal a veces, que los episodios y las vidas que deambulan y desesperan en ellos se hacen compactas y duras como flujos de lava petrificados, a través de los cuales se adivinan los gemidos y los estertores de hombres sepultados. En el siguiente párrafo, el tirano atiza ante el favorito el satánico y desolado juego del poder y del miedo y con ello tiende los hilos por donde, desde ese instante, caminará el ánima del lacayo, ayer predilecto, hacia una mazmorra lejana y olvidada.

«El Señor Presidente sabe que me tiene para todo lo que él me ordene incondicionalmente a sus órdenes; sin embargo, si el Señor Presidente me quisiera permitir dos palabras, ya que mi aspiración ha sido siempre ser el último de sus servidores, pero el más leal y consecuente, quería pedirle, si el Señor Presidente no ve obstáculo alguno, que antes de confiarme tan delicada misión (el amo lo enviaba a los Estados Unidos), se tomara la molestia de ordenar que se investiguen si son o no son ciertos los gratuitos cargos que de enemigo del Señor Presidente me hace, para citar nombre, el Auditor de Guerra...»

Queremos finalmente subrayar la esencialidad plástica, musical y subjetiva del idioma, manejado con ejemplar dignidad y señorío en esta novela pluridimensional; idioma ya agilizado y encendido por el hechizo en *Leyendas de Guatemala* y sazonado con el chispear criollo en *Hombres de maíz*. Las virtudes de robusta y abismal vivencia del indio, la rítmica de sombras y luces y aquel calor de hondura sanguínea que

colma los cauces de la tragedia, quedan superados en cada hito de esta tetralogía mesoamericana, en la que *El Señor Presidente* se eleva como signo mágico de indicación y respuesta para la curiosidad foránea y para las culturas de hoy, acaso logradas y displicentes.

LAUTARO YANKAS
Liceo de Aplicación
de Santiago de Chile